

III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

En el Túnel del Tiempo.

Mónica Weisner.

Cita:

Mónica Weisner. (1998). *En el Túnel del Tiempo. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/3>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/yv9>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

En el túnel del tiempo

Mónica Weisner

Presidenta Comité Académico

Sea mi primer saludo para el Rector de la Universidad Católica de Temuco y para todas las autoridades aquí presentes, que con su hospitalidad le brindan cobijo a nuestro Congreso. Mi reconocimiento y gratitud a todos quienes han participado en su organización, y también a quienes han trabajado directamente conmigo en la Comisión Académica que presido. Y una bienvenida calurosa a todos mis colegas de Chile y del extranjero cuya presencia hace realidad este evento. En las reuniones que tuve en Nueva York con la "Wenner Gren Foundation for Anthropological Research", en mi carácter de representante de la Comisión Organizadora y de la Comisión Académica de este Congreso, pude comprobar la gran valoración asignada al esfuerzo que hoy nos convoca. Agradezco este reconocimiento expresado en el respaldo material que nos brindara.

He sido honrada con la oportunidad de hacer la presentación inaugural de este Tercer Congreso Chileno de Antropología. Estoy contenta porque estamos llegando a puerto, al cabo del extenso y arduo recorrido organizativo y de preparación académica. Estoy orgullosa de compartir este evento con estimadas y estimados colegas chilenos y extranjeros. Desde aquí, desde nuestro querido Temuco, quiero hacer de mi intervención un viaje en el túnel de tiempo que se detendrá en tres estaciones: el ayer, el hoy y el mañana de la Antropología.

Pensé en un viaje, porque ésta es una metáfora querida para todos nosotros. También porque vivimos un tiempo definido por grandes tránsitos de cuerpos y de ideas ¿Cómo pretender una mirada quieta, si el horizonte está agitado?

Para la mirada retrospectiva, seleccioné un momento fundacional de nuestra historia de antropólogos, porque tiene la impronta de tesón, humanidad y riesgo que son o deben ser materiales de nuestra vocación.

El segundo momento, se configura con los aportes de todos en este Congreso. Simposios, Mesas Redondas, Conferencias y Comunicaciones operan como hebras de una trama que venimos tejiendo desde nuestros respectivos espacios. Y se proyecta hacia nuestras metas sociales y personales.

Y por último -como final provisorio, para ser desarrollado en el debate- arriesgaré preguntas prospectivas a un devenir prefigurado. La fantasía futurista de la globalización ya es un tópico del presente.....

Entonces, emprendamos nuestro viaje en el tiempo redescubriendo la aventura de nuestros orígenes.

I. - El Ayer

Hace exactamente 100 años, en 1898, un equipo multidisciplinario de científicos, patrocinados por la Universidad de Cambridge, efectuó la primera investigación antropológica de campo: "La Expedición Antropológica de Cambridge al Estrecho de Torres", fue producto de la pasión de un etnólogo y naturalista, Alfred Cort Haddon.

Incluyó a pioneros en el estudio de las culturas y de las sociedades humanas: W.H. Rivers, Williams Mc Dougall, Charles Myers, Charles Seligman, Sidney Ray y Anthony Wilkin.

El objetivo de Haddon era llevar a cabo un proyecto multidisciplinario en terreno que abarcara a la antropología en su más amplio sentido, incluyendo a la etnología, la antropología física, la psicología, la lingüística, la sociología, la etnomusicología y la antropogeografía.

Esta expedición es considerada el suceso más relevante en el desarrollo académico e institucionalización de la Antropología, no sólo en Cambridge sino en el mundo. De su inspiración somos, en cierta medida, herederos.

Recordemos que en aquel entonces la antropología se encontraba en búsqueda de una autodefinición. Se ubicaba precariamente entre las artes y las ciencias naturales y luchaba por legitimarse en la academia, al carecer de fronteras científicas reconocidas y de un paradigma unificador.

A partir de esta Expedición del Estrecho de Torres se produce un quiebre entre el etnólogo amateur, el anticuario del siglo 19, el antropólogo de gabinete conocido hasta entonces y el nuevo antropólogo profesional, quien verifica su análisis teórico con el trabajo de campo. Esta será la nueva metodología antropológica, cuyo nombre fue tomado por Haddon de las ciencias naturales.

Y, además, es desde ese momento en que la Universidad de Cambridge designará a la nueva disciplina con el nombre de Antropología Social. Menciono esta Expedición, entre otras razones, porque ha tenido importantes resonancias para mi formación. Hace muchos años dí mis primeros pasos por la Antropología escuchando acerca de ella en la Universidad de Trinity, en Dublin. En esa ciudad había enseñado Alfred Haddon, por más de 20 años (entre 1880 y 1900) y su Expedición fue siempre destacada como un hito fundamental.

Así llegó a mí esta experiencia.

Realicemos ahora entonces nuestro imaginario viaje hacia ese paraíso del Pacífico. El Estrecho de Torres está ubicado entre dos zonas de grandes diferencias culturales, geográficas y físicas: el norte de Australia y Papúa Nueva Guinea.

Los isleños son principalmente de origen melanesio, pero más al sur se encuentran nativos pertenecientes a grupos aborígenes de Australia. Las diferentes islas y regiones del Estrecho de Torres exhibían gran diversidad en cuanto a su medio ambiente, a patrones de subsistencia, lenguas, creencias y costumbres.

Para los europeos de fin de siglo las Islas del Estrecho de Torres parecían algo muy remoto y no tocado aún. Sin embargo constituían ya el centro de redes locales e internacionales muy complejas. Eran un importante pasillo entre el océano Índico y el Pacífico, un torrente culturalmente híbrido por donde transitaban comerciantes malayos, japoneses, los de las Islas del Sur, poseídos por la fiebre del nácar.

Haddon ya había visitado las islas en 1888, como biólogo marino de la Universidad de Dublin. Retornar a ese lugar fue desde entonces su obsesión. Estaba consciente del riesgo inminente que corría la integridad de las costumbres y tradiciones de los isleños impactados por la invasión de otras culturas. No pudiendo crear un Departamento de Antropología

en Dublin por la gran falta de recursos, decidió irse a Cambridge a fin de crear un nicho institucional para la disciplina. Durante varios años continuó enseñando en el Royal College de Dublín durante el otoño y viajando el resto del tiempo a Cambridge para dar conferencias de Antropología Física y mantenerse vinculado a este importante centro académico. En palabras de Haddon: "La tarea que me he propuesto aquí es fundar y establecer una Escuela de Antropología de Campo, en el más amplio sentido de la palabra". La Expedición era clave para él.

Logró establecerse en Londres y dedicó 10 años de su vida a convencer al mundo científico de la época de la necesidad de rescatar el acervo cultural de las Islas del Estrecho de Torres.

Su lema fue: "Antes que sea demasiado tarde".

Con mucha dificultad consiguió el dinero y reunió a investigadores de distintas áreas que integrarían su equipo. La Expedición fue financiada en un principio por la Universidad de Cambridge y más tarde con otros aportes. Si bien el status de las ciencias era muy superior en Cambridge que en Oxford, los académicos sabían que si la expedición no tenía éxito, el futuro completo de la Antropología en Cambridge peligraba. Haddon preparó la expedición minuciosamente, en cada detalle. Definió que no sólo el expertise científico de los integrantes sería primordial, sino también que congeniaran sus distintas personalidades.

1.275 libras se reunieron para la expedición. Cada uno de los miembros, con excepción del lingüista Ray, se pagó sus propios pasajes; la mantención de todos durante la permanencia en la Isla se financió con esos fondos. Sin embargo, esto les acarrearía luego importantes deudas familiares.

Antes de partir Haddon hizo firmar dos contratos a cada uno de los miembros de la expedición: uno especificando los términos para la publicación de la data científica que se recogería en terreno y que debían ser editados por la Cambridge University Press. El otro precisando que los artefactos que se obtuvieran en las islas, pertenecerían a la Universidad.

Además de los libros científicos que se derivarían de la expedición, Haddon pretendía escribir uno más popular dirigido a una audiencia amplia, con el fin de estimular un gran interés y apoyo para la Antropología en el mundo. Se llamaría "Cazadores de Cabezas".

Sin embargo, el primer volumen de los cuatro "Reports" de la expedición vio la luz en 1901 y el último, recién en 1935. Es decir, transcurrieron 37 años hasta que Haddon cumpliera la promesa que se hizo a sí mismo. En ese mismo año su discípulo Malinowski publicaba su etnografía de los Trobriandeses.

Fueron muy complejas las relaciones humanas durante la expedición: No se trató de un equipo homogéneo de académicos de Cambridge ni de una población homogénea de nativos aislados.

Los miembros de la expedición provenían de distintos orígenes, con diferentes intereses y entrenamientos, con perspectivas teóricas bastante disímiles y competitivas, no obstante impregnadas de la orientación evolucionista de la época. Con el agravante de representar intereses académicos y políticos en conflicto al interior de la Universidad.

En cierta medida el equipo se constituyó en parte de la infraestructura colonial existente en las Islas, la que facilitó el trabajo mismo de la expedición, acceso a la información, el transporte y alojamiento. Sin embargo, los integrantes fueron bastante críticos del impacto colonial en la población local, que había tenido una influencia negativa en los indígenas; e incluso generaron cierta intranquilidad política y social.

Como señaló el periódico local del Gobierno al año siguiente: "El trabajo de la Expedición de Cambridge ha dejado cavilando a los isleños".

La expedición fue concebida y ejecutada en pleno imperialismo británico victoriano. Haddon tenía una postura muy crítica e incluso años antes, había propuesto la creación de un Bureau de Etnología con el fin de evitar arbitrariedades y abusos en contra de los nativos.

Los isleños fueron agentes activos en la interacción con los investigadores. Haddon reconoció de forma expresa las contribuciones de sus informantes, mencionándolas individualmente en su trabajo. Antes de ser publicada la información, la cotejó con ellos mismos a través de intermediarios: una práctica totalmente desconocida entre sus contemporáneos. "Es la explicación del nativo la que se necesita", diría Haddon, en una aproximación émica muy temprana. El viaje completo duró 18 meses y la expedición permaneció 6 meses en el Estrecho de Torres, principalmente en las Islas de Mer.

La investigación fue dividida de acuerdo a intereses y experiencias:

Haddon estudió las costumbres, creencias y el arte de los nativos, además de estudios antropométricos.

Rivers, además de trabajos en psicología experimental, desarrolló un notable método genealógico.

Mc Dougall analizó la sensibilidad táctil de los isleños.

Myers se dedicó a la etnomusicología.

Ray, por su estudio en lenguas nativas resultó ser el intérprete, y luego se abocó al estudio de la lengua de las islas.

Seligman estudió la medicina indígena y comparó data

etnográfica.

Wilkin, aparte de fotógrafo, investigó la cultura material, las construcciones y la tenencia de la tierra. La expedición generó una enorme cantidad de información. Pero, sobre todo para varios de ellos, significó remover una cantidad de los prejuicios del científico sentado en su escritorio, y conmoverse por la primera gran investigación en terreno. En sus potencialidades y capacidades psicológicas nada diferenciaba a los isleños de los europeos contemporáneos. Rivers encontró que ni siquiera se diferenciaban de él en sus capacidades sensoriales.

Surgió en ellos la convicción, cada vez más sólida, de que el recién gestado antropólogo que desea investigar un aspecto de la vida del ser humano, tiene que adentrarse en su cultura hasta empaparse por ella. Fueron ellos mismos los que resultaron abarcados en su esencia por la cultura que se proponían estudiar. Así, no retornaron a Inglaterra los mismos que habían partido. Un amplio horizonte en la perspectiva de la comprensión del hombre se había abierto ante ellos. Es que sólo podemos investigar y aprender del ser humano cuando somos abarcados en nuestra propia esencia.

Un duro golpe esperaba a Haddon a su regreso: Se enteró que había perdido su puesto como profesor en la Universidad de Cambridge. A pesar de todas las promesas de mantenerle su trabajo al regreso, se lo dieron al colega que él había dejado en su reemplazo y al cual él mismo había facilitado todo su material y su biblioteca. (Así nos puede suceder a los antropólogos que cuando quedamos tan abarcados por otras culturas, somos borrados por la nuestra). A pesar de encontrarse exhausto con el largo y difícil viaje, con la presión de publicar a su regreso y habiendo perdido su principal fuente de ingresos y totalmente endeudado, Haddon no se dió por vencido.

Pasaron 11 años desde su regreso antes que él y sus colegas vieran algún resultado favorable para la formalización de la Antropología y para ellos mismos. Frazer apoyó mucho a Haddon para que se le creara nuevamente un espacio en Cambridge. En 1900 se le contrató para dictar conferencias puntuales; pero fue recién en 1909 que se le nombró profesor. A partir de este momento, el interés del maestro sería el de expandir y establecer la antropología en todo el mundo.

En el período posterior a la expedición se produjo el proceso de institucionalización de la Antropología. El status de la disciplina en Cambridge cambió radicalmente de conferencias ocasionales a un "faculty board" de estudios, primero de post-grado a

comienzos del siglo 20. Luego, y gracias al esfuerzo infatigable de Alfred Haddon, recién en 1913 se estableció el "full faculty board", con el programa de pre-grado en Antropología Social.

Fue fundamental la influencia de Haddon sobre sus alumnos hasta 1930. Estos, entrenados en el trabajo de campo, continuarían exportando el legado de la expedición, al ser luego los profesores de los recientemente creados Departamentos de Antropología, tanto del Reino Unido como del resto del mundo.

Entre ellos se cuentan Radcliffe-Brown, su discípulo dilecto, y a quien le consiguió un cargo en la Universidad de El Cabo y más adelante, en la Universidad de Sidney. Llevó consigo la metodología del maestro. También Malinowski, Gregory Bateson, Max Gluckman y Mc Ilwraith, quien exportaría sus enseñanzas creando un nuevo Departamento de Antropología en la Universidad de Toronto.

Skinner, un discípulo neozelandés de Haddon, llevó la experiencia de éste a la Universidad de Otago. En India, la influencia de Haddon llegó a la Universidad de Calcuta a través de su discípulo Anantkrishna Iyer.

Esto no quiere decir que en otras partes del mundo no se estuvieran haciendo estudios de corte etnográfico: En Norteamérica, ya 50 años antes que Boas y su primer trabajo como geógrafo con los Kwakiutl de la Columbia Británica en 1886, Henry Schoolcraft había trabajado en terreno con los indios iroqueses (1830). Luego lo hicieron Holmes, Mason, Fletcher y otros. Pero se trató de investigaciones aisladas y a nivel individual.

Regresando a Haddon, su influencia también fue crucial en elevar el perfil de la Antropología en la esfera pública y ante el resto de la comunidad científica. Por 50 años, ya fuera personalmente o a través de una profusa correspondencia, se contactó con la mayoría, sino con todas las principales figuras de la Antropología y de disciplinas afines del mundo.

Fue infatigable en hacer lobby y buscar financiamiento para sus estudiantes. Estaba profundamente comprometido con el proyecto antropológico.

Para Haddon, la enseñanza, la administración, la investigación y publicación, el trabajo museológico, fueron siempre inseparables. Su concepción integral y holística del conocimiento antropológico, su gran sofisticación metodológica originadas y determinadas por la naturaleza interdisciplinaria de la Expedición al Estrecho de Torres, definieron y dejaron una impronta notable en la antropología mundial de la primera mitad del siglo 20.

La generación siguiente de antropólogos educados en

la Antropología Británica de post-guerra, conocería muy bien acerca de los Anadamaneses de Radcliffe-Brown, los Trobriandeses de Malinowski, los Tikopianos de Firth, los Nuer de Evans Pritchard y los Tallensi de Fortes.

Paradójicamente muy pocos estudiarían los "Reports" de los Isleños del Estrecho de Torres de Alfred Haddon y su equipo, a pesar de que estos estudiantes fueron los herederos intelectuales de estas figuras fundadoras de la Antropología Social.

Tampoco los historiadores de la Antropología ni los antropólogos más cercanos a su tiempo conocen a Haddon. Sorprende que su nombre esté casi ausente, no así el de los restantes miembros de la Expedición. Por ejemplo, Lowie no lo mencionará jamás, adjudicando a Rivers y al resto del equipo "la ejemplar investigación que podría servir de modelo a investigadores de nuestros días".

Ni Kroeber, ni Herskovits, ni más tarde Marvin Harris, hacen alguna alusión a la Expedición, citando tangencialmente el nombre de Haddon únicamente en relación a estudios de estilos artísticos.

Bohannon y Glazer hablan de Haddon únicamente en relación a la gran influencia que éste tuviera sobre su discípulo y protegido Radcliffe-Brown y que él le dedicó su libro "Los Isleños de Andamán". Eso es todo. Una paradoja, entre nosotros quienes asignamos gran valor a la memoria.

Existen numerosas diferencias entre lo acontecido en la Antropología durante y después de la Expedición, y la Antropología de hoy. Pero con certeza son muchas más las similitudes.

Siempre he visto en nuestra preocupación por el ser humano una Antropología del encuentro plural, de sensibilidades y enfoques, de opciones políticas y metodológicas, una comunidad con un interés compartido. Que podamos contribuir -en palabras de Maturana- a la aceptación del otro como legítimo otro en la convivencia, con derechos apropiados y suficientes para la diversidad que somos.

Y esto es en gran medida lo que nos ha legado la extraordinaria aventura en el Estrecho de Torres, que en estos días, como mencioné, cumple exactamente 100 años. Hoy rendimos nuestro homenaje y memoria a estos pioneros de nuestra disciplina. Ellos construyeron buena parte del umbral de acceso a nuestro presente.

II.- *El Hoy*

Revisando antecedentes de los anteriores Congresos de Antropología Chilena, releí las rogativas de "preservación de todo mal" que a favor de nuestra

disciplina y la vocación científica que la sustenta, formulara don Carlos Munizaga.

Eso fue hace 13 años, en la inauguración del Primer Congreso de Antropología.

Hoy día, la concurrencia de 300 trabajos que alimentarán el diálogo profesional y académico que iniciamos en este instante, permite pensar que la inspiración invocada en esa oportunidad, está vigorosa y vigente.

Sin negar que las ciencias sociales enfrentan dificultades, podemos abrigar un fundado optimismo sobre la productividad intelectual de nuestros colegas. Resultaría injusto y materialmente imposible inaugurar este diálogo adelantando conclusiones sobre las propuestas (nacionales y extranjeras) que han respondido a nuestra convocatoria. Será en el intercambio, en las confirmaciones y en las divergencias que se produzcan en las instancias formales o en conversaciones de sobremesa donde ocurra el encuentro y se pongan los términos del debate.

No puede ser mi intervención entonces, el eco invertido de lo que todavía no se produce.

Sin embargo, me parece oportuno y necesario entregar al menos una imagen de conjunto de las temáticas e indagaciones que convergen en este encuentro constituido por numerosos Simposios y por tres Mesas Redondas (Historia de la Antropología, Derecho Indígena, y Antropología Médica).

Es evidente que durante el Congreso (y desde siempre) cada cual hará un recorrido propio de acuerdo a la especificidad de su ejercicio. Pero también es cierto que todas las aproximaciones teóricas y temáticas gravitan con fuerza en el desarrollo y configuración actual de la disciplina antropológica.

En rigor no hay fragmento puro, porque la parte está siempre referida por oposición o adscripción a los paradigmas en debate. Y tampoco hay un todo único, pues las fronteras del quehacer profesional se flexibilizan al ritmo de las interpretaciones y recreaciones particulares...

Miremos pues, a modo de instantáneas, algunos de los tópicos y perspectivas que demarcarán el intercambio de estos días.

La identidad y específicamente la identidad étnica es, probablemente, un eje central de indagación y debate. En primer lugar, se aborda como categoría constructivista del ser de individuos y grupos, referida al modo en que tales personas y colectivos se interpretan a sí mismos y al mundo al que pertenecen. Siendo la pertenencia misma un factor de esta construcción.

En varias ponencias, la identidad se problematiza en tanto proceso determinado históricamente. Y se entrecruza con otras categorías que ya emergieron con fuerza en el congreso anterior y que hoy se consolidan como aportes epistemológicos a la comprensión de las relaciones sociales.

La categoría de género es un ejemplo de ello: además de contar con numerosas ponencias para el Simposio "Identidades y relaciones de género", esta perspectiva de análisis aparece una y otra vez vinculada a diversos campos de investigación antropológica.

Por ejemplo, a la cultura política; a las representaciones de la salud y la enfermedad; a la educación. Y, con bastante fuerza, aparece el género como factor determinante en las estructuras socioculturales de distintos pueblos indígenas.

Otro vector de análisis es el territorio y su geografía humana, en permanente transformación.

Los modos de ocupación y significación del territorio así como los tránsitos en el tiempo y en el espacio de grupos o etnias, son factores seleccionados para revisar configuraciones, reconfiguraciones o rupturas identitarias. En diferentes planteamientos gravita la pregunta sobre la posibilidad de una identidad étnica inmanente sin referencia territorial.

Hay que decir que el territorio, o más precisamente la identidad territorial es más de una vez propuesto como una superación de ciertas restricciones teóricas o ideológicas que imponen, según algunos autores, conceptos como el de nación o, incluso, el de etnia.

La memoria histórica o mítica, simbólica o material, la biografía personal o la colectiva, es otro de los vectores de la cuestión identitaria. Pero, tal vez, el elemento que pone en mayor tensión el tópico de la identidad es el fenómeno de la globalización.

Mención inevitable, la globalización como la gran tendencia que cruza las preocupaciones de todas las ciencias en este fin de siglo, será el tema que retome en la tercera parte de esta intervención. Las connotaciones éticas y políticas de la transculturación caleidoscópica que nos toca vivir, son expuestas con claridad por nuestros congresistas.

Los análisis transitan en no pocos casos por los procesos de transformación interpretados como pérdida, como ruptura e incluso descomposición cultural e identitaria.

En estos registros se pone en evidencia, e incluso se denuncia, la tendencia homogeneizante de los modelos de desarrollo actual, organizados por el mercado. Se constata que su eficiencia parece demoler formas de relación tradicionales, e instalar el riesgo y la incertidumbre.

Por otra parte, también se hacen visibles las distintas estrategias de resistencia activa y/o de integración que despliegan comunidades y grupos frente a procesos de lo que se denomina “modernización”, concertada y programática. Y también frente a la irrupción espontánea de la modernidad y su carga de crisis en el devenir cotidiano.

En otras aproximaciones, se busca acuñar nuevas miradas para comprender identidades emergentes y relaciones interétnicas de alta complejidad y dinamismo, que pueden ser leídas a la luz de la antropología histórica y crítica.

En un campo vecino, contamos con trabajos que exploran las posibilidades de encuentro cultural e integración bajo la constitución de nuevos territorios definidos institucionalmente en función del intercambio comercial, como son los “corredores” o los “mercados comunes”, que se suman a las relaciones entre distintas nacionalidades en las zonas de frontera. Queda en evidencia que la Antropología ha hecho y puede seguir haciendo grandes aportes a la comprensión y consideración de los aspectos culturales de los procesos de integración regional. Con esta perspectiva hay varios aportes de colegas argentinas y uruguayos que nos acompañan.

Muchos de estos acercamientos, y todos en conjunto entrecruzan miradas pendulares que van desde su objeto a su método, y viceversa.

Se reiteran algunas discusiones sobre instrumentos teóricos y metodológicos. Principalmente sobre los que tradicionalmente han operado para comprender los procesos de reivindicación y construcción de diversas formas de identidad que viven determinados grupos sociales.

En este marco de contradicciones se despliega el debate sobre la cuestión indígena en Chile. Estudios etnográficos y etno-históricos construyen una antropología acerca y desde los indígenas.

Sin eludir la conflictividad de las relaciones entre el pueblo Mapuche y el Estado chileno, también se ensayan miradas autocríticas sobre la configuración de discursos y prácticas reivindicacionistas, de acuerdo a los contextos e intereses prevalecientes en diferentes momentos históricos.

Tal vez con menor presencia numérica respecto de la que hubo en el Segundo Congreso, los estudios respecto a los pueblos andinos y en particular sobre la cultura Aymara, se inscriben en dos líneas.

Una, indaga en la constitución interna de esta cultura, su autopercepción y los dispositivos simbólicos que informan y conforman su acervo material y simbólico. Otra, pone el acento en las fracturas o potencias que

resultan de los procesos de negociación o integración de los Aymaras y el Estado chileno. Así, podremos conocer el estado actual de las agrupaciones aymaras, sus grados de fuerza y cohesión, frente a instrumentos de la institucionalidad vigente, como la Ley indígena. Las implicancias políticas del debate indígena son evidentes. Me atrevo señalar -eso sí- que faltaría diseñar caminos estratégicos para que se produzca una influencia real de la investigación antropológica en la toma de decisiones públicas que tienen efectos sobre cientos de miles de ciudadanos y ciudadanas.

Un aspecto interesante de los abordajes temáticos que he descrito hasta aquí, y en general los que escucharemos durante el Congreso, es que combinan aproximaciones panorámicas a la globalidad de la cultura, con la mirada cercana y pormenorizada.

A diferencia de otras especulaciones científicas, la Antropología nos reúne en torno a materiales vivos. Ya sean vestigios materiales prehistóricos, o relatos de vidas que se están viviendo ahora, en este instante. Sea que compartamos imágenes visuales o textuales, se trata siempre de un anuncio. O mejor dicho, de una noticia retroactiva o proyectada de maneras humanas de ser.

Es lo contrario de una vocación descriptiva. Primero, porque la ciencia ha ido reconociendo el carácter relacional de los procesos de investigación antropológica.

Y segundo porque se observa una clara tendencia -ya constatada en nuestro segundo Congreso - a hacer aportes significativos para la intervención social, en campos como el de la salud, la educación, el derecho, entre otros.

Así se ha ido configurando una posibilidad de interlocución -por lo menos teórica- entre la producción académica y el Estado como formulador de políticas públicas.

Un ejemplo son las revisiones que proponen nuestros colegas -varios de ellos argentinos- sobre las prácticas sociales escolares, en su dimensión programática o en la cotidianidad del aula.

También se verifica en un discurso evaluativo y crítico de la educación intercultural, o bilingüe. Algunas de las interrogantes versan sobre el potencial transformador o el efecto apaciguador que conlleven tales programas. O sobre el impacto de nuevos estilos educativos en las prácticas vernáculas, entre otras polaridades.

Ninguna de estas indagaciones podría dejar de estar presente en el diseño de las reformas de un sistema tan crítico como el de la educación. Uno de los pocos que los Estados reconocen -aunque con dificultades-

en su rol determinante.

En el ámbito de la salud, se enriquece un campo que ya le es propio a nuestra disciplina. La Antropología hace aportes al análisis integral de la salud, del bienestar y de la prevención de los malestares en el contexto de la cultura, del comportamiento social, de los sistemas económicos y políticos y de la biología humana.

Expositores de México, Colombia, Perú, Uruguay, Brasil, y Chile, nos referirán experiencias múltiples en esta área.

En presencia de estos análisis, y conscientes de la precaria realidad sanitaria de amplios sectores del país y del mundo, es fácil constatar que la Antropología Médica enfrenta un desafío: el de darle viabilidad a sus aportes para el mejoramiento de la calidad de vida, en el menor plazo posible.

Una concepción amplia del derecho, consuetudinario o escrito, como dispositivo cultural por excelencia, está muy presente en este Congreso. Representantes de México, Nicaragua y Austria se centrarán en el derecho indígena.

La noción de ciudadanía, de importancia creciente cuando el mundo occidental conmemora el cincuentenario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, se expresa en la preocupación por las formas más o menos fuertes que asume las personas y sus organizaciones para el ejercicio de sus derechos frente a los poderes institucionales, local o central.

La Antropología Jurídica configura en esta oportunidad un campo muy amplio de preocupaciones. Muchas de ellas giran en torno a la dicotomía entre el derecho consuetudinario de pueblos indígenas y el sistema jurídico así llamado "occidental".

Experiencias chilenas, mexicanas, argentinas... revisan dicho conflicto, haciendo aportes teóricos y metodológicos a un debate que compromete situaciones contingentes y cotidianas. Como son, por ejemplo, la propiedad o los derechos de uso de la tierra y del agua de comunidades cuya existencia biológica y cultural está involucrada en esta disputa.

Otras vertientes las encontramos en los aportes que la Antropología hace a la resolución de casos penales o de derechos humanos.

O en la mirada que dilucida las prácticas y costumbres de los subsistemas de la administración de justicia.

Y también en las indagaciones sobre la representación social del delito y las formas que nuestra sociedad estructura para enfrentar las transgresiones a las normas de convivencia institucionalizadas.

Coincidentemente con la emergencia de la

problemática ambiental en el mundo contemporáneo, la Antropología contribuye de manera significativa a la consideración del medio ambiente desde una perspectiva interdisciplinaria.

Para la definición de la temática ambiental en el contexto de la Antropología, en este encuentro tendremos contribuciones chilenas, peruanas y argentinas. Conjuntamente se indaga en las implicancias económicas y culturales de diversas iniciativas de corte ecológico, que impactan en comunidades que han sostenido una relación tradicionalmente armónica con su entorno.

Cabe señalar que en diferentes temáticas y debates, contamos con la inapreciable información de los estudios arqueológicos, cuya capacidad de construcción retrospectiva protege nuestra memoria material y simbólica, indispensable para la comprensión del presente.

Para terminar esta mirada panorámica, quiero detenerme en un aspecto muy interesante que muestran las ponencias recibidas. Es el carácter autorreflexivo de la Antropología, tratando de atravesar aún sus prejuicios más fundamentales siempre en pos de una mirada fresca a su área de interés.

No hablo de un cuestionamiento generalizante, ni una puesta en duda de la legitimidad de sus métodos. Me refiero, primero a los esfuerzos por revisar su trayectoria histórica, o su función ideológica o los efectos de su configuración universitaria.

En segundo lugar a la exposición y discusión sobre nuevas formas de representación que participan de la revelación del conocimiento antropológico. En este contexto, la producción textual o visual se constituye en objeto de saber en sí mismo, con una carga estética relevante. Y a menudo exige nuevas formas de lectura, entre las que ocupa un lugar importante el análisis semiótico.

La exploración de nuevos soportes y aproximaciones teóricas y metodológicas, como la Antropología Poética, con su impronta posmoderna, obligan a la indagación de estrategias -también nuevas- de interpretación. Etnografías "otras" inscritas en el debate siempre abierto sobre cuál es el lugar legítimo de la palabra o la mirada de la o el investigador.

Los invito a cumplir este itinerario, en un sentido metafórico y literal, de la única manera que es posible en este fin de siglo: involucrados, críticos y autocríticos. Este viaje promete relatos e imágenes acerca de la armonía y del conflicto, de la muerte y de la vida...

Una reunión como ésta tiene el denominador común de la duda creativa. Nos disponemos a compartir experiencias y pensamientos en un particular estado

interrogante... sobre el pasado y sobre el futuro...
¿Qué vislumbramos para el mañana?

III.- *El Mañana*

El mañana nos muestra una ciencia cuya gravitación es proporcional a la importancia de los inmensos cambios que vive la humanidad. La Antropología aclara el pasado pero por sobre todo ilumina el futuro. El proceso de globalización y su impacto sobre la identidad cultural crea desafíos de proporciones incalculables para las ciencias sociales, y nos interpela directamente, como antropólogos y antropólogos.

La aceleración de los procesos de cambios es vertiginosa. Y esa es la urgencia con que la Antropología deberá aportar respuestas a sociedades perplejas y con dificultades de asimilar los cambios. Migraciones masivas que provocan choques culturales, etnias desplazadas por la construcción de grandes obras de infraestructura, el colosal desarrollo urbano y la ruptura de la fronteras geográficas y culturales tradicionales son algunos de los problemas que destacan en el horizonte.

Hoy varios autores estiman que la globalización corresponde a una etapa del capitalismo "desorganizado". En esta dinámica los procesos de concentración y centralización del capital adquieren mayor fuerza, envergadura y alcance, invadiendo ciudades, naciones, continentes, formas de trabajo y de vida, modos de ser y de pensar, producciones culturales y formas de imaginar, produciendo un influjo uniformador.

Estados Unidos es la potencia dominante de este sistema y desde donde se difunden principalmente los valores y la cultura al resto del planeta. Pero también desde los otros países, periféricos, hay una interacción hacia el corazón de la globalización, con sus migraciones, su arte autóctono y tantos otros ejemplos. Así, la globalización está permanentemente cambiando las relaciones entre el centro y la periferia del mismo modo como se van transformando las propias percepciones de los individuos y de los demás al interior de ambos mundos.

Recordemos aquí la concepción del antropólogo indio Arjun Appadurai, que resume bien las principales dimensiones de los flujos culturales que se dan de manera muy intensa en el proceso de globalización: los finanscapes o la acelerada circulación del dinero en el mundo de las finanzas;

los technoscapes o las nuevas tecnologías;

los mediascapes: el flujo de imágenes e información a través de los medios audiovisuales y gráficos;

los ideoscapes, el flujo de ideas, y

los etnoscajes: los resultantes del movimiento de individuos, se trate de inmigrantes o emigrantes, refugiados, turistas, trabajadores.

Hace muchísimos años ya, como recordarán varios colegas aquí presentes, cuando leíamos al canadiense Mc Luhan, sus conceptos de la aldea global y de la mass age, pensábamos de manera un tanto simplista que solamente bien avanzado el siglo XXI se produciría un proceso similar al que él "exageraba", pudiendo imaginar sólo algunas de las características actuales de la globalización.

Entonces, frente a esta homogeneización, a este modelo económico único, esta única forma de actuar y de pensar existen simultáneamente procesos de diferenciación. Aquellos tienen su expresión en los nacionalismos, regionalismos y fundamentalismos que enfatizan las diferencias.

Se confrontan así lo homogéneo y lo heterogéneo, lo global y lo local. Resurge de ese modo la polémica entre el universalismo y el particularismo. Las posiciones varían desde un extremo relativismo que recomienda conservar las diferencias y las particularidades culturales como valiosas, hasta aquellas que intentan homogeneizarlas, negando el derecho a las diferencias culturales. Aún en este último caso, las posiciones de los distintos grupos no permanecen iguales, varían en el tiempo y en contextos diferentes. Numerosas etnias, que en un principio han reivindicado su particularidad, por las discriminaciones sociales a las que han sido sometidas, han debido elegir una igualdad indiferenciada. Los ejemplos son numerosos. La noción de identidad, asociada a los conceptos de nación, pueblo, clases, género, territorios, el multiculturalismo, el derecho a la diferencia, está ligada a nuevas reivindicaciones étnicas y situaciones tan complejas como las que hemos estado viviendo en los últimos años: La ex Yugoslavia, los casos tan conocidos como la guerra civil de Bosnia.

Los países de Europa del Este antes de la caída del Muro de Berlín. La ex Unión Soviética y sus conflictos étnicos internos.

Los conflictos de diversos países africanos: el caso de Ruanda, y el enfrentamiento entre Hutus y Tutsis, con las consiguientes masacres.

Desde otra perspectiva, el enfrentamiento y conflicto de culturas distintas, que se encuentran al interior de una misma unidad política, como es México. Chiapas es un conflicto interno del tipo que se pensaba iría desapareciendo en América Latina.

El ejemplo de Somalia, también diferente, desde el punto de vista internacional tiene una nueva complejidad por la intervención de las Naciones

Unidas.

Invasiones como las de Afganistán han dejado una sociedad dividida y en permanente enfrentamiento... Guerras civiles en las que se enfrentan distintos tipos de posiciones, incluso aún, distintas visiones del Islam, algunas tan extremas como la de los Talibaneses.

Varias disciplinas han analizado extensamente estos conflictos. Pero es tal vez la Antropología la más capacitada para dar cuenta de ellos y arrojar luces sobre estos conflictos que no han sido proyectadas desde otros quehaceres.

Y, como toda disciplina actual, al interior de la Antropología hay una diversidad de enfoques para dar cuenta de materias tan candentes.

A menudo, como antropólogos nos encontramos en el ojo de la tormenta. ¿Y cómo enfrentamos estos problemas que nos atañen directamente? Lo hacemos, también, desde perspectivas distintas. Por mencionar sólo algunas, aquellos que proponen que el compromiso ético de los antropólogos y de los científicos sociales en general se debe desplazar hoy desde el territorio aplicado de la disciplina hacia el de su conceptualización, discerniendo qué tipos de enfoque, cuáles marcos conceptuales emplearemos, ya sea que los apliquemos luego o no.

Están aquellos que valoran la participación y el compromiso político directo.

Y los que precisan que nuestras responsabilidades como antropólogos no son políticas, sino que más bien estéticas y nuestras diferencias se deberían a nuestra diversidad de estilos. Deberían superarse las teorías unitarias de progreso y racionalismo científico para explicar la realidad, desde una gama de estilos, técnicas, voces más amplia y pluricultural. Se privilegia la interpretación de lo que el mundo significa para nosotros individualmente, nuestras experiencias concretas y relativas por sobre los principios abstractos y universales.

Los que enfatizan la producción simbólica, la Antropología como discurso, y no como simples reflejos de la realidad, donde arbitrariamente seleccionaríamos los contenidos y las preguntas que formularamos obteniendo diferentes resultados según lo que seleccionemos. Esta arbitraria elección, al fin, implica difíciles opciones individuales. La responsabilidad sería menor y menos angustiosa si nos limitáramos a captar la realidad tal como aparenta reflejarse.

Pero bien comulguemos con Derrida, Marx o Geertz, Foucault, Gramsci o Lévi-Strauss, Nietzsche, o Habermas, la inmensa responsabilidad que nos cabe aquí es que nuestros discursos, como antropólogos,

influyen en el imaginario colectivo: ayudamos a conformar los argumentos que la sociedad luego emplea, a menudo con importantes consecuencias políticas, y no siempre las deseadas.

Cabe preguntarnos si contribuimos en alguna medida a los enfrentamientos étnicos, a las guerras, al postular el derecho a la diferencia, que en última instancia puede ahondar la enemistad entre pueblos. Al resaltar los derechos de las identidades étnicas, ¿contribuimos al faccionalismo?

¿Existen o no valores universales, y si existen, al defender el derecho a la diferencia qué estamos defendiendo? Si existen tales valores universales ¿sería lo ético difundir el universalismo más "etnocéntrico" o, en palabras de Balducci, "el etnocentrismo de la tribu blanca" que no es otro que la universalización de nuestros valores occidentales que no necesariamente serán los de otras culturas?

Por el contrario, ¿se debe aceptar cualquier rasgo que se produce al interior de las otras culturas, desde la tábula rasa de un extremo relativismo cultural? ¿Se deben aceptar así, sin juicios de valor, por ejemplo, mutilaciones como la circuncisión femenina o los sistemas patriarcales, o la muerte culturalmente prescrita de ancianos o de otros grupos porque son parte de la lógica de la cultura en donde están insertas, porque "así son ellos"?

Posiciones relativistas culturales referidas a los derechos humanos del mundo, por ejemplo, han repercutido en las decisiones que asumiera el colectivo de antropólogos y la directiva de la American Anthropological Association en 1947. Los antropólogos se retiraron de las discusiones tendientes a elaborar la "Declaración Universal de los Derechos Humanos". Lo hicieron ante la creencia que una declaración así no sería aplicable a "todos los seres humanos". Ejemplos así hay varios...

¿No sería más equitativo un acercamiento intercultural en donde las distintas culturas tuvieran algo que aportar, donde existieran propuestas alternativas que enriquecerían a todos en su variedad? ¿Donde las culturas, las identidades, forman parte de procesos de cambios, con conflictos, contradicciones y asimetrías internas, con consideraciones éticas que tienen en su núcleo el reconocimiento explícito de la alteridad? ¿Donde los seres humanos pudiéramos convivir con significativos niveles de diversidad, pero con justicia? Los antropólogos de hoy estamos trabajando en una era donde el conocimiento humano se duplica cada 10 años. En el decenio pasado se ha desarrollado más conocimiento científico que en casi toda la historia de la humanidad.

El poder de la computación se duplica cada 18 meses, el de internet, cada año. El número de secuencias de ADN que se pueden analizar se duplica cada 2 años. Constantemente asistimos a los nuevos avances en computación, telecomunicaciones, biotecnología, exploración espacial. Todo esto está marcando el paso a una nueva era.

Michio Kaku⁽¹⁾, quien reúne material de entrevistas a 150 científicos e investigadores, entre ellos a varios Premio Nobel, señala que debido a que las leyes detrás de la teoría cuántica, de las computadoras y de la biología molecular se encuentran sólidamente establecidas, es que los científicos pueden, dice, predecir en general los progresos científicos del futuro. Tres conforman las revoluciones científicas del siglo XX: la revolución cuántica, la más importante, pues fue la que ayudó a engendrar las otras dos: la revolución biomolecular y la revolución computacional.

La Materia, la Vida y la Mente, son los elementos pilares de la ciencia moderna.

Tal vez las grandes ideas de la ciencia se han descubierto: este siglo ha sido testigo de la teoría espacio tiempo de Einstein, la teoría del Big Bang en cosmología, la teoría cuántica de la materia, la base molecular del ADN y de la vida. El siglo pasado, la teoría de la evolución. Sin embargo, probablemente habrá grandes avances a partir de estos descubrimientos.

Se espera que el genoma humano completo sea decodificado en los primeros años del próximo milenio. Así, la revolución biomolecular permitirá al ser humano manipular la vida casi a voluntad.

En el siglo 21 la revolución de las telecomunicaciones con el microprocesador y el láser, creará computadores invisibles, los cuales se comunicarán uno con otro cubriendo literalmente la superficie de la tierra.

Se piensa que entre el 2020 y el 2050 cuando se agreguen al internet los verdaderos programas de inteligencia artificial, serán capaces de razonar, de tener sentido común y de reconocer el habla. Nos podremos comunicar con el internet como si fuera un ser inteligente: al hablarle a nuestra pantalla tendremos acceso al formidable cuerpo de conocimiento de todo el planeta.

La población del mundo se duplicará en los próximos 35 o 40 años, llegando a 11 ó 12 billones de habitantes. Para el año 2020 se calculan 8 billones.

El aumento de la población, si bien uno de los motores del cambio social y cultural, aumentará la degradación, la explotación y el daño medioambiental.

El paradigma dominante en esta sociedad humana globalizada es uno de desarrollo, crecimiento y ganancia económica.

Los recursos son finitos. El resultado de todo esto es el sostenido daño e impacto multiplicador de los seres humanos sobre el medio ambiente, que no puede continuar así, sino con las más graves consecuencias para la humanidad y el resto de los seres vivientes.

El crecimiento de la población enriqueció más aún la diversidad humana, pero exacerbará el potencial del conflicto, de continuar las cosas como están. La diversidad aumentará los grupos con intereses propios compitiendo por recursos y poder.

Michael Brown y sus colegas de la Universidad de Harvard señalan que desde el fin de la así llamada "Guerra Fría" se han producido 34 principales conflictos interétnicos en el mundo.

En este momento existen más de 50 guerras, guerrillas o conflictos en el planeta, donde mueren diariamente 1000 soldados y 5000 ciudadanos.

En nuestra sobreexplotación de los recursos del planeta, podría ser que la biósfera se viera imposibilitada de mantener no sólo nuestra calidad de vida, sino nuestra forma de vida.

Vivimos en un mundo de cambios. La modernidad nos aporta beneficios pero también amenazas. Las alteraciones climáticas son debatidas hoy en la vecina Buenos Aires en la conferencia sobre cambio climático.

No sabemos a ciencia cierta qué ha hecho subir las temperaturas en más de un grado a lo largo del siglo. Lo que sí vemos son los efectos. El huracán Mitch dejó más de siete mil muertos en Centroamérica. Las inundaciones en China dejan 56 millones de damnificados. Se estima que 70 millones de personas deberán abandonar sus tierras en Bangladesh por la subida de los mares. El cambio del clima está cambiando la agricultura y con ella ciertos cultivos. Y ya sabemos hasta qué punto la culturas agrarias dependen de sus productos tradicionales.

La inequidad del desarrollo entre los países de mayor desarrollo y los de menor provoca grandes olas migratorias hacia los polos de riqueza. Las fricciones culturales se multiplican. El racismo muestra su odioso rostro en muchos países.

Apreciamos grandes cambios en las prácticas laborales y con ellos alteraciones en los estilos de vida y los hábitos reproductivos y la familia. Hoy en los países desarrollados vemos la aparición de un nuevo tipo de familia, la familia serial. Es decir, cada persona

⁽¹⁾Kaku, M. 1997 "Visions. How Science will Revolutionize the 21st Century". New York: Anchor Books, Doubleday.

constituye dos o más relaciones monógamas estables a lo largo de su vida.

En este mundo se moverán los antropólogos del siglo XXI.

Ante este panorama lo que no podemos hacer, por razones éticas, por razones morales, es dejar de plantearnos preguntas.

¿Qué hacemos nosotros como antropólogos en este mundo cambiado? ¿Cuál es el rol de la Antropología?

¿En qué sentido está cambiando la ciencia y nuestra disciplina? Si ha cambiado la conformación del poder mundial, si se han producido cambios tan importantes como la caída del Muro de Berlín, que nos conmovió, ¿por qué no habría de cambiar esta actividad llamada ciencia?

Debemos enfrentar una realidad: durante siglos las preguntas fundamentales provinieron de la filosofía. Hoy en día las preguntas fundamentales están proviniendo de las ciencias duras como la biología y la física; incluso preguntas cuasi religiosas como el origen del universo o el origen de la vida.

¿Es lícito entonces que nos preguntemos ¿qué sucederá con las ciencias sociales? ¿Qué sucederá con la Antropología en el próximo milenio?

¿Han cambiado las preguntas básicas que nos formulamos en la disciplina desde la Expedición del Estrecho de Torres hasta hoy, o simplemente ha cambiado la forma de enfrentar las respuestas?

¿Estamos ante un momento de cambio de paradigma en la disciplina o es demasiado ambicioso siquiera pensarlo?

Hasta ahora hemos asistido a la fuerza con que pervive la antropología, dando cuenta de fenómenos como la globalización, la identidad cultural, etnicidad, problemas del derecho, de la salud, de la educación, del género y tantos otros tópicos que mencioné hace un momento.

¿Por qué entonces las respuestas tienen que venir desde el poder, desde la economía, y no pueden venir desde la Antropología?

¿Qué cambios significarían en nuestro quehacer tener una interrelación más directa con el poder o bien qué tipo de relaciones deberíamos establecer con el poder desde esta perspectiva?

Lo que significa, ¿cuál es nuestro rol como antropólogos en las grandes decisiones públicas, nacionales e internacionales?

Si hay grandes decisiones públicas que conmocionan, que son de primera importancia, como la construcción de centrales hidroeléctricas, que involucran al gobierno, a grandes empresas, a poblaciones indígenas ¿cuál es la posición de una disciplina como la nuestra,

y cuál es el rol que nos corresponde asumir en este debate público?

Queridos colegas, desde este túnel del tiempo de la disciplina, al avizorar la salida a lo lejos, los invito a que juntos empecemos a construir desde este congreso que hoy se inicia, las primeras páginas de una agenda para el siglo y milenio que pronto comienza, cuando la antropología chilena y latinoamericana tengan mucho que decir en pos del bienestar y de la equitativa solución de los problemas de nuestros pueblos.

Muchas gracias.

